

la señorita Doniseau, la iluminada del departamento, ha sabido por boca de Santa Radegunda que Zola se haría naturalizar italiano y no volvería á Francia.

Esta profecía fué acogida con gozo.

Un criado entró el correo.

—Quizá sabremos noticias de la guerra—dijo el señor de Brecé, desdoblado un periódico.

Y en medio de un profundo silencio leyó en voz alta:

—«El comodoro Dewey ha destruído la escuadra española en el puerto de Manila. Los americanos no han perdido ni un hombre.»

Este telegrama causó gran abatimiento en el salón. Sólo la señora de Courtrai, con actitud tranquila, exclamó:

—¡No es cierto!

—El telegrama—objetó el señor Lerond—es de origen americano.

—Sí—dijo el señor de Brecé—. No hay que fiarse de falsas noticias.

Cada cual imitó esta prudencia.

Sin embargo, aquella revelación inesperada entristeció el espíritu de todos, que imaginaron la escuadra bendecida por el papa, el pabellón del rey católico, ennobleciendo las proas de sus naves con los nombres de la Virgen y de sus santos desamparados, destruídos por los cañones de aquellos vendedores de cerdos, de aquellos fabricantes de máquinas de coser, herejes, sin rey, sin príncipes, sin pasado, sin patria, sin ejército.

El señor Bergeret hallábase preocupado por sus asuntos, y temía caer en desgracia, cuando recibió la noticia de su ascenso, en su nueva casa de la plaza de San Exuperio, en el instante en que menos lo esperaba. Sintió una alegría más grande de lo que parecían permitirle sus progresos en ataraxia. Concibió vagas y halagadoras esperanzas, y estaba muy sonriente cuando por la noche el señor Goubin—su discípulo predilecto desde la traición del señor Roux—fué á buscarle á su casa para ir con él, según costumbre, al café de la Comedia.

La noche estaba muy estrellada. El señor Bergeret, al pisar las piedras puntiagudas de la calle, miraba al cielo. Y como era muy aficionado á la astronomía, con la punta del bastón señaló al señor Goubin una hermosa estrella roja sobre Los Gemelos.

—Es Marte—dijo—. Quisiera que hubiese anteojos bastante potentes para observar á los habitantes de ese planeta y sus industrias.

—Pero, querido maestro—indicó el señor Goubin—, ¿no me decía usted, hace poco tiempo, que el planeta Marte no está poblado, que los universos celestes están inhabitados, y que la vida, al menos tal como la concebimos, debe ser una enfermedad propia de nuestro planeta, un

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

enmohecimiento esparcido en la superficie de nuestro viejo mundo?

—¿He dicho eso?—preguntó el señor Bergeret.

—Ya lo creo; me lo ha dicho, querido maestro—replicó el señor Goubin.

No se engañaba. El señor Bergeret, después de la traición del señor Roux, había dicho intencionadamente, que la vida orgánica es una podredumbre que roe la superficie de nuestro mundo enfermo. Añadió que esperaba, para la gloria de los cielos, que la vida se produciría normalmente en los lejanos universos, bajo formas geométricas de la cristalización. «Sin lo cual —había proseguido—, no sintiera ningún placer en mirar el estrellado cielo por las noches.» Pero al presente pensaba de otro modo.

—Me sorprende usted—le dijo al señor Goubin—. Hay algunas razones para suponer que todos esos soles que ve usted lucir en el cielo, iluminan y calientan la vida y el pensamiento. La vida, hasta sobre la tierra, se reviste á veces con formas agradables, y el pensamiento es divino.

«Tengo curiosidad por conocer á aquella hermana de la tierra, que flota en el éter sutil, en oposición al sol. Es nuestra vecina; no estamos separados de ella más que por catorce millones de leguas, lo que es una corta distancia celeste. Quisiera saber si, en el planeta Marte, los cuerpos vivientes son más hermosos que sobre la tierra y las inteligencias más amplias.

—Eso no se sabrá nunca—dijo el señor Goubin, limpiando el cristal de sus lentes.

—Por lo menos—repuso el señor Bergeret—, los astrónomos han estudiado con potentes objetivos, la configuración que presenta aquel planeta rojo, y sus observaciones concuerdan en reconocer numerosos canales. El conjunto de hipótesis que se apoyan las unas en las otras para formar el haz de un gran sistema cósmico, nos conduce á creer que aquel planeta vecino es nuestro hermano mayor; y desde luego podemos imaginar que sean sus habitantes, á causa de su mayor antigüedad, más sabios que nosotros.

«Esos canales dan á los continentes que atraviesan, un aspecto semejante al de la Lombardía. A decir verdad, no vemos ni el agua ni las orillas, sino la vegetación que fomentan y que aparece al observador como una línea débil y difusa, y según la estación más pálida ó más oscura. Se encuentran, sobre todo, en el ecuador del planeta. Les damos los nombres terrestres de Ganges, Euripo, Fison, Nilo Orcus. Son canales de regadío como aquellos en los cuales Leonardo de Vinci trabajaba, según dicen, demostrando su pericia de excelente ingeniero. Sus cauces siempre rectos, y los estanques circulares donde terminan, demuestran claramente que son obras de arte, resultado de una idea geométrica! La Naturaleza también es geométrica, pero no de igual modo.

«El canal martiano, que los habitantes de la

tierra distinguimos con el nombre de Orcus, es una maravilla incomparable; atraviesa pequeños lagos redondos, separados los unos de los otros por distancias iguales que le dan el aspecto de un rosario. No es posible dudar: los canales de Marte han sido trazados por seres inteligentes.»

De este modo el señor Bergeret poblaba el universo con formas seductoras y pensamientos sublimes. Animaba el vacío de los abismos del cielo, porque acababa de ascender. Era un hombre prudente, pero un hombre al fin.

Al entrar en su casa encontró una carta concebida en estos términos:

«Milán, á...

»Mi estimado señor y amigo:

»Ha confiado usted con exceso en mi ciencia. Lamento no poder satisfacer la curiosidad que se ha despertado en su espíritu, según usted me dice, durante los funerales del señor Cassagnol.

»Mi atención no se dirige á nuestros antiguos cantos litúrgicos más que en cuanto se refieren de uno ú otro modo á la literatura dantesca, y nada puedo decirle referente á la prosa de difuntos, que usted ya no sepa.

»La mención más antigua que se encuentra de dicho poema está hecha por Bartolomé Pisenio antes de 1401. Maroni atribuye el *Dies ira* á Frangipani Malabranca Orsini, cardenal en 1278. Wadding, el biógrafo de la Orden seráfica,

lo supone obra de fray Tomás de Celano, *qui floruit sub anno 1250*. Estas suposiciones carecen de pruebas, tanto una como otra. Es probable que se compusiera esa prosa en Italia, el siglo XII.

»El defectuoso texto del misal romano fué estropeado de nuevo en el siglo XVII. Una mesa de mármol que se conserva en la iglesia de San Francisco en Mantua, presenta un estado más antiguo y menos defectuoso del poema. Si usted lo desea, haré copiar, para enviárselo, el *Marmor mantuanum*. Me sentiré muy satisfecho con que disponga usted de mí en esto como en todo. Nada hay para mí tan agradable en el mundo como servirle.

»En cambio, hágame el favor de copiar, si no le molesta, una carta de Mabillon, conservada en la biblioteca de su ciudad, donativo Joliette, colección B, número 3.715, folio 70. El pasaje de la carta que me interesa particularmente es relativo á las *Anecdota* de Muratori. Lo juzgaré todavía más precioso si usted me lo proporciona.

»A propósito de este encargo, le diré que Muratori no creía en Dios. Siempre he tenido deseos de escribir un libro acerca de los teólogos ateos, cuyo número es considerable. Perdone las molestias que le ocasione mi encargo en la biblioteca, y deseo que sea usted recompensado con el encuentro de la ninfa portera de cabellos dorados, que atiende con orejas purpurinas las frases amorosas, balanceando en las puntas de sus dedos las grandes llaves de los antiguos tesoros. Esa nin-

fa me recuerda que para mí han pasado los días de amor, y que me llega el tiempo de cultivar los vicios distinguidos. La vida sería realmente demasiado triste si el sonrosado enjambre de pensamientos licenciosos no se ofreciera para consolar á veces la vejez de las personas comedidas. Puedo comunicar esta esperanza á un espíritu selecto como el de usted, y capaz de comprenderla.

»Si viene usted á Florencia, le enseñaré una musa que guarda la casa de Dante, y que vale tanto como su ninfa. Admirará usted sus cabellos rojos, sus ojazos negros, su busto bien formado, y juzgará usted su nariz como una maravilla. Es fina y con alas estremecidas. Hago mención especial de ella, porque ya sabe usted que la Naturaleza poquísimas veces forma una nariz perfecta, y por su torpeza en semejante labor estropea muchas caras bonitas.

»La carta de Mabillon, que le ruego me copie, empieza por estas palabras: *Ni los cansancios de la edad, caballero...* Dispense mis impertinencias, y reciba, mi estimado amigo, los sentimientos de sincera estimación y simpatía, de su devoto

CARLOS ASPERTINI.

»P. S.—¿Por qué se obstinan los franceses en no reconocer un error judicial, del que no hay duda posible, y que tan fácil es de reparar sin perjuicio de nadie? Busco las razones de su conducta sin poderlas descubrir. Todos mis compatriotas, toda

Europa, todo el mundo, comparten mi sorpresa. Tengo gran curiosidad por conocer la opinión de usted acerca de tan complicado asunto.

»C. A.»

XI

A la luz matinal animaban el cuartel los hombres de servicio, barriendo el suelo y limpiando los caballos.

En el fondo del patio, vestido con su puerca blusa y sus pantalones de lienzo, el soldado Bonmont, en compañía de los soldados Cocot y Briqueballe, de pie ante un perol lleno de agua, mondaba patatas. De vez en cuando, un pelotón mandado por un sargento bajaba tumultuoso por una escalera, esparciendo en torno la invencible alegría de la juventud. Pero lo más expresivo de la instrucción militar de aquellos hombres era el paso, un paso abrumador y trabajoso, una marcha pesada y sonora. A cada instante los furrieles vanidosos cruzaban llevando debajo del brazo carpetas y cuadernos pequeños y grandes, variados y múltiples.

Los soldados Bonmont, Cocot y Briqueballe pelaban patatas y las echaban en el perol. Mientras, cruzábanse pocas palabras, expresando en términos muy groseros pensamientos muy inocentes. Y el soldado Bonmont meditaba.

Ante él, al otro lado de la verja que cerraba el